

Entrevista

José Pérez Gállego, de “Ulises” a “Pickwick” maño

Una entrevista (perdida) de **Juan Domínguez Lasierra**

Crítico de cine, cronista viajero, sabedor de artes y letras, maestro de la gastronomía, conversador facundo, sus saberes enciclopédicos, su crujiente ironía, hicieron de él uno de esos ingenios aragoneses que canonizó Gracián.

Se nos van los amigos, los maestros, y con ellos se va una parte de nuestra propia vida. Morimos con ellos. Para Freia y sus hijos, Alfonso y Fernando, acompañándoles de corazón



01/08/2012. Pepe Pérez Gállego en Playa América. Nigrán. Pontevedra.

Llevaba todo el verano persiguiéndole para realizarle mi entrevista en *Crisis*. Por unas cosas y otras, se fue demorando nuestro encuentro. Tenía tanto interés en que una personalidad como la suya, de perfiles tan enciclopédicos, de magisterio tan plural, de visión de la vida tan proteico y anticonvencional, tan contundente en sus juicios, se confesase abiertamente, que el simple hecho de su ya imposibilidad me deja un amargo sabor de frustración, y de rabia, más allá del dolor que su pérdida me ha producido. Lo he dicho ya en varias ocasiones, he perdido a un maestro, uno de los pocos que ya me van quedando. Porque José Pérez Gállego (Pepe, Pepito, para los cercanos), ha sido para mí una referencia, un faro, un puerto de seguridad. Crítico de cine, cronista viajero, sabedor de arte y letras, maestro de la gastronomía, conversador facundo, sus saberes enciclopédicos, su crujiente ironía, hicieron de él uno de esos ingenios aragoneses que canonizó Gracián.

Pues sí, estaba preparando una entrevista con Pepe para *Crisis*, una de esas largas entrevistas que me demanda el director, y ya no podré hacerla, se quedará en la intención, en el propósito, en la frustración, repito, en la rabia también, con las ganas que se me comían por hacerle hablar, discurrir, perorar sabrosamente a lo largo y a lo ancho, que Pepe era uno de los mejores conversadores con los que me he tropezado en esta vida, sí no el mejor, con su sabiduría inmensa, con su humor implacable, con su somardez aragonesa, con su conocimiento asombroso de casos y cosas. Con lo que me podría haber dicho de la política y los políticos de estos días, que no habría dejado títere con cabeza. Qué pena...

¿Qué hacer para compensar ese hueco tremendo?

No me resisto a traer aquí el primer cuestionario que le había

enviado a Madrid, donde residía desde hace muchos años, al comienzo del pasado verano:

1. ¿Sientes en este momento de tu vida que algo te falta por hacer, lo que podríamos llamar tu “asignatura pendiente”? ¿Eres el que has querido ser?

2. ¿Cuál es la satisfacción mayor de tu vida (o una de las mayores)? ¿Cuál tu frustración más notoria?

3. Eres un zaragozano trasterado a Madrid. ¿Qué has ganado con ello? ¿Qué ha aportado Madrid a tu vida? ¿Qué has perdido, si has perdido algo?

4. ¿Cuáles han sido tus “pasiones” (o impulsos más vitales, por decirlo menos melodramáticamente), en esta vida?

“ Vivimos sumergidos en un cine y en una crítica subuencionados. ”

5. Entre tus devociones están la literatura, el cine, la gastronomía, los viajes... ¿Qué representan cada una de ellas en tu (enciclopédica) formación cultural?

6. ¿Qué ha supuesto para ti la práctica del periodismo (crítico y corresponsal) en *Heraldo de Aragón* a lo largo de tantos años?

7. Una de tus grandes admiraciones culturales ha sido tu tío, Julián Gállego. ¿Qué ha representado en tu vida?

8. Háblame de tu hermano Cándido Pérez Gállego, al que, como sabes, he tenido siempre también como maestro y amigo.

9. ¿Cómo fue tu relación con José Luis Borau, una de tus grandes amistades?

10. Dime algo sobre Aragón, desde la distancia madrileña. No ahorres las críticas, si las tienes (que sé que sí).

Y añadía esta coletilla: “En una segunda fase, te preguntaré por tu infancia, juventud, estudios, amistades, trabajos...”

Aquel cuestionario, que le enviaba a Madrid, por extrañas circunstancias, no tuvo respuesta. Era verano, Pepe pasaba gran parte de él en Galicia, tal vez sus achaques, que ya habían hecho su aparición, le desanimaban a responder. Ante su tardanza, le llamé. Estaba receloso, no era muy amigo de grandes declaraciones, de responder a cuestiones que, a su edad, le parecían que habrían de ser muy definitivas. Pero conseguí que me dijera que sí, que estaba dispuesto a confesarse conmigo, pese a sus pudores. Le envié este otro cuestionario, donde algunas cosas reiteraban el primero:

1. Alguna vez te he comparado con el Mr. Pickwick, de Dickens, al que en mi imaginario le pongo tu figura, tus gustos, tus saberes enciclopédicos, el sentido del humor, tu capacidad conversadora... ¿Te has identificado alguna vez con ese personaje?

2. Sea o no así, ¿cómo se llega a ser Pepe Pérez Gállego, es decir, la persona que yo identifico como Pepe Pérez Gállego: un Pickwick maño, viajero, gastrónomo, escritor, crítico de cine, experto en arte... (además de todo lo dicho anteriormente)? ¿Hay que estudiar mucho, hay que vivir mucho, hay que criarse y desarrollarse en el caldo de cultivo adecuado?

3. Te suelo identificar a través de tus amigos: Borau, Derqui, Aranda, J. A. Gracia, Uriel... ¿Qué han representado en tu vida esos amigos, y otros que yo desconozco? ¿De qué forma la amistad con los citados y los no citados han contribuido a forjar tu personalidad? (Puedes, debes, citarlos).

4. ¿La amistad es uno de tus valores esenciales? ¿Cuáles serían otros?

5. También hay dos personas importantes en tu formación, tu tío Julián Gállego y tu hermano, Cándido. ¿De qué manera, supongo que distinta, han influido en tu vida?

6. Buceando en los orígenes de tu formación: ¿Qué papel

jugaron tus padres, a los que tanto has reverenciado? ¿Y tus estudios primarios hasta tu llegada a la Universidad? ¿A qué colegio fuiste y qué opinión guardas de aquellos años?

7. ¿Cuándo empezó tu afición lectora y cuáles fueron tus primeras lecturas? ¿Y las que más de influyeron de aquella primera etapa? ¿Otras aficiones: deporte, cine...?

8. Hiciste Derecho en la Universidad de Zaragoza. Tu etapa universitaria ¿fue más productiva fuera que dentro de las aulas (como creo suponer)? ¿Qué profesores y qué compañeros guardas en el recuerdo?

9. Empezaste de crítico de cine en *Heraldo*, sustituyendo a Borau. ¿Cómo fue aquel “traspaso de poderes”?

(A título personal te diré que yo me inicié en la lectura del *Heraldo* gracias a tus críticas —y también en el conocimiento del cine— Te leía con devoción. Recortaba tus críticas y las archivaba. Y como yo, supongo que otros muchos lectores).

¿Eres consciente de que despertaste muchas vocaciones cinéfilas? ¿De qué personas del *Heraldo* guardas mejor recuerdo?

10. Y te vas a Madrid, donde has residido hasta ahora. Allí también sustituíste a Borau en la crónica diaria madrileña para el *Heraldo*. Allí forjaste tu dedicación periodística. ¿Qué supuso aquella etapa de cronista en la Villa y Corte?

Pero tampoco este segundo cuestionario tuvo respuesta. Y ya no la tendrá. Porque la muerte es eso, no responder a los que esperan contestación, amistad, magisterio..., porque todo ello es necesario para nuestra propia vida.

Se nos van los amigos, los maestros, y con ellos se va una parte de nuestra propia vida. Morimos con ellos.

Un obituario

Con motivo de su muerte, escribí en *Heraldo* (9 noviembre de 2015):

“Se nos ha ido Pepe, Pepito, Ulises, el Caballo, Mr. Pickwick (mi apelativo personal)... Se nos ha ido José Pérez Gállego (Zaragoza, 1932), el más antiguo colaborador de *Heraldo de Aragón*, y una de sus plumas más brillantes, donde empezó a firmar en los años cincuenta, cuando sustituyó a José Luis Borau (“David”) en la crítica de cine, con el seudónimo primero de “Ulises” y luego con su nombre o siglas, que también tenían su importancia, porque según firmara con un simple P. G., P. Gállego o J. Pérez Gállego esa diferencia suponía un baremo de la película, su juicio de mayor a menor valía. Después de su etapa de ilustrado comentarista de cine, volvió a sustituir a José Luis Borau, su gran amigo, como corresponsal en Madrid de nuestro periódico. Más tarde, en su última etapa, Pepe no dejó de deleitarnos regularmente con su extraordinaria prosa en cientos de artículos y crónicas que se han prolongado hasta nuestros días. Recuerdo sus magistrales colaboraciones para el “extra” del Pilar, para “Artes y Letras”, para las páginas de Cultura... Era una enciclopedia, en los más variopintos terrenos: del arte a la gastronomía, de la literatura a los viajes, de la literatura a la intrahistoria de la vida pública española. Pero lo hacía, además, con un estilo único, lleno de ironía, de humor, de gracia, de latiguillos críticos que solo una persona de su vastísima cultura podía permitirse sin pedanterías. Un maestro del periodismo a lo clásico, donde informaba deleitando, en cualquier cosa que escribiera, larga o corta. Uno de mis maestros, y amigo a la vez de mis maestros, Joaquín Aranda, José Luis Borau, Cándido, su hermano, o su tío, don Julián Gállego, al que tanto Pepe como Cándido reverenciaban. Por eso, a la hora de su muerte, siento una orfandad enorme, una grandísima tristeza. Hay personas irremplazables. Como este

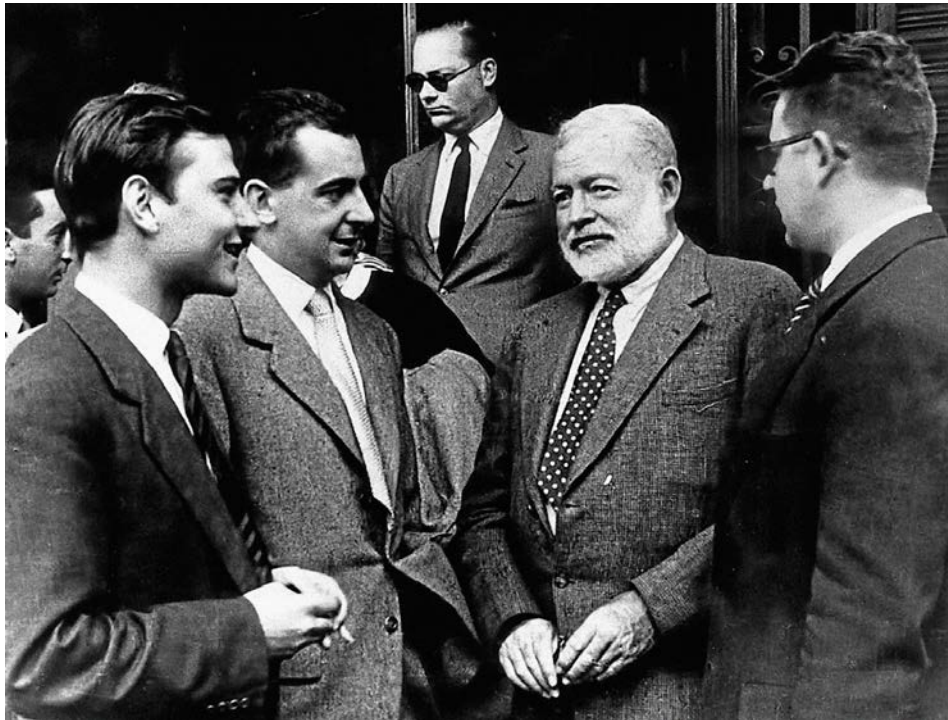
“náufrago feliz”, como se calificó a sí mismo alguna vez.

A Pepe, en otra despedida

Cuando murió Borau, su amigo del alma, escribí lo que ahora podría repetir punto por punto. Era una carta dirigida a Pepe, en la que compartía su dolor. Ahora es como si se la escribiese a él, a nuestro Ulises, a nuestro personal Mr. Pickwick:

“Se nos van los amigos, es inevitable, pero se van algunos que hacen más dolorosa aún su pérdida: nuestros amigos maestros, esos a los que acudimos ante situaciones que nos desconciertan o de los que, simplemente, demandamos un poco de seguridad. Fui muy consciente de esto cuando murió Joaquín Aranda, cuya sola sanción despejaba mis dudas. Quienes dudamos de todo cuanto hacemos, necesitamos este apoyo. Sin esos maestros tenemos que arreglárnoslas solos, arriesgarnos a equivocarnos sin tabla de salvación alguna.

Ahora se nos ha ido otro de esos amigos, aunque su magisterio se ha ejercido más en la distancia, en sus películas, en sus libros, en sus palabras, en sus gestos, en su risa generosa y bonachona, en los irregulares contactos que manteníamos. Conocí a José Luis Borau gracias a Pepe Pérez Gállego, uno de mis pocos maestros supervivientes, ¡ay!, y estos días ando recordando nuestros encuentros a tres. Compartí en Madrid con ellos varias comidas, que eran inenarrables. Verlos frente a frente era una delicia. No solo por el gozo con que se enfrentaban al plato, sino por la conversación que se llevaban. Imagínense dos enciclopedistas de sabiduría y humor parejo haciendo repaso de todo lo humano y lo divino, de lo pasado y presente, compitiendo —sin ser conscientes, ¿o sí?— en ingenio y socarronería. Y uno, en medio, asistiendo entusiasmado a una partida de pimpón dialéctico en la que no te querías perder ni



Pérez Gallego (a la derecha), Joaquín Aranda, José Luis Borau y Hemingway

una palabra. Porque cada frase quintaesenciaba diccionarios enteros. Lo de menos era de lo que hablaban, lo esencial era cómo esas palabras construían mundos, fueran literarios, cinematográficos, artísticos, gastronómicos o viajeros. Eran una forma de ver el mundo, tan lejos de los manidos discursos doctorales, políticos o sociológicos. Y ellos en sí mismo, dos sensibilidades heterodoxas a su especial manera, que se ponían al mundo por montera, que se burlaban de dogmas y consignas, que no dejaban títere con cabeza, incluso los títeres más sacrosantos y las cabezas más aureoladas. Un disfrute, una gozada, un gustazo, vamos, como dice mi amigo Ricardo, el informático.

Mi gustazo no me impedía pensar que era una lástima que tan “*sacra conversatione*” no pudiera immortalizarse, para gozo de propios y ajenos. Me imaginé rodar la película genial: poner una cámara delante de esa mesa en la que uno y otro conversaran a placer, durante horas...

Aquellas comidas acababan siempre con una pantomima. Se enrollaban la servilleta a la altura de la frente y recitaban las últimas frases del drama teatral de Echegaray

“Mancha que limpia”

—Madre, puedo morir. —decía Pepe

—Confíesate, porque esto es mancha que limpia —replicaba Borau.

Y dejaban al unísono que se desenrollase la servilleta, tapándoles la cara, como si de la caída de un telón se tratara.

“ El periodismo ha sido para mí una hermosa y reconfortante experiencia, como cualquier otro oficio que se realice con sinceridad y calor. Y si hay color, mejor que mejor. ”

Este era un juego de los chicos de la generación del 27, que gustaba especialmente a García Lorca. Una burla, claro, al viejo Echegaray.

Me pregunto cómo Borau no sacó esta hilarante escena en alguna de sus películas. En mi hipotético rodaje, desde luego, no hubiera faltado.

En cuanto me enteré de la muerte del maestro en quien primero pensé fue en Pepe. ¿Cómo se habrá

tomado el fallecimiento de su gran amigo, de su casi gemelo, a quien sustituyó como crítico de cine de *Heraldo* y como corresponsal del periódico en Madrid? Leo su hermosa crónica que el viernes dedicaba a José Luis en estas páginas y veo en ella la contención que la domina, Borau escondía mucho sus emociones, era un gran tímido que se defendía de su timidez con su risa y su bonhomía, y Pepe sigue su escuela. Así que intento aprender de mis maestros y poner coto a la emoción que siento bajando el mismo telón que ellos ponían al acabar sus ágapes:

— Porque esta es... ¡mancha que limpia!

Su relación con *Heraldo*

Para contar su relación con *Heraldo* no tengo necesidad de consultar mis notas, mis artículos a él dedicados... En el curso de la escritura de mis “memorias” de *Heraldo*, le reclamé que me escribiese su paso por esa Casa, que era la suya desde hace más de sesenta años. Y me lo contó con su habitual y consagrado estilo:

“*Mi relación con el Herald de Aragón puede decirse que ha sido*



15/07/2009. Pepe Pérez Gállego visitando una exposición en el Centro Gallego de Arte Contemporáneo (CGAC). Santiago de Compostela.

extensa e intensa. Hoy, a finales del año 2014, me asombra que mi primera colaboración apareciera a principios de 1956, razón por la cual soy en la actualidad el colaborador más antiguo del diario. A finales de 1955 mi amigo, discípulo y después compadre José L. Borau ya tenía arreglada su marcha a Madrid para trabajar en el Instituto de la Vivienda y estudiar en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas. Hablamos con el director del Herald, Antonio Bruned, al que conocía yo ligeramente, y quedamos que la crítica de cine pasaba a mis manos.

La primera entrega apareció en enero de 1956. Se trataba de una pobre versión del folletín "La portera de la fábrica", realizada en estudios italianos, proyectado en el desaparecido Teatro Circo. Vinieron después siete años de trabajo casi diario. Zaragoza era una gran capital cinematográfica. Las empresas Quintana, Parra y después Zaragoza Urbana tenían a disposición del público una veintena larga de salas, en muchas de las cuales se ofrecían sesiones de 5-7, 7-9, 9-11 y 11-1. Al principio firmé mis críticas con el seudónimo "Dedalus" entresacado de forma impropia de la novela capital de Joyce. Luego pasé a utilizar "Ulises", por seguir en la senda del divino

irlandés. Finalmente, por insinuación del inolvidable Pascual Martín Triep, adopté mis propios nombres y apellidos, que utilizaba con una clave que pronto conocieron mis lectores: una crítica firmada por "P. G." será una película mala; "Pérez Gállego", sentenciaba una obra algo mejor, y, en fin, "J. Pérez Gállego" era un celuloide magnífico. Desgraciadamente esto no menudeaba. Algunos de estos, los mejores, aparecieron ilustrados con una fotografía a una o dos columnas, según los casos.

Al margen del cine, HdA me brindó generosamente la oportunidad de ampliar mi abanico de colaboraciones. Recuerdo que la primera fue "España en la Geografía de Estrabón", que le gustó mucho al citado Martín Triep. Después se me invitó a colaborar en el número extraordinario del día del Pilar, alarde periodístico que tuvo en Andrés Ruiz Castillo gran valedor. En aquellos artículos del día 12 más importante del calendario zaragozano publiqué colaboraciones relativas a ilustres aragoneses relacionados o no con el cine. Cito en primer lugar, porque es de justicia, a José Luis Borau, pero no olvido al rey Fernando el Católico, el pintor Goya, el sabio Servet, el arquitecto García Mercadal, el ingeniero Torán... También escribí sobre los viajes de ilustres personajes por nuestro país.

En 1963 me despedía de la crítica de cine con "El terror de los bárbaros". Marchaba a trabajar a Madrid en una agencia de publicidad y, de pasada, José Luis Borau, generoso una vez más, me ofrecía firmar la crónica diaria que enviaba desde Madrid. ¡Qué tiempos aquellos! Había que escribir a máquina o a mano el folio o folio y medio. Después, llamar puntualmente a cobro revertido a las 10 de la noche a los pacientes Adolfo Buil o Paco Marías, que vigilaban por el auricular la marcha del envío. Había que deletrear los nombres o palabras raras. Aún así, en cierta ocasión, apareció una obra de Camón Aznar titulada "Mi caso y el turismo" en lugar de "Picasso y el cubismo".

Hoy todavía sigo enviando de vez en cuando alguna cosa o cosilla. Colaboraciones esporádicas que se ciñan a algún acontecimiento madrileño y de signo cultural y raíces aragonesas. Así, no es extraño, que esas colaboraciones se ciñan casi exclusivamente a las exposiciones organizadas por la galerista María Paz Pérez Piñán en la sala Jorge Juan. En muchas de ellas se han exhibido obras poco o nada conocidas de los artistas zaragozanos Mariano Barbasán o Francisco Pradilla.

Con 82 añicos en mi DNI me pregunto: ¿Seguiré figurando mucho tiempo aún en la nómina de

colaboradores honoríficos del familiar Heraldo de mis amores?”.

Firmado: “Pepe P. G.”.

Hasta aquí lo que me escribió Pepe. Y, naturalmente, me pregunté qué clave nueva ofrecía la firma de este escrito, ese Pepe P. G. Sin duda, la del afecto y, tal vez, la de la nostalgia. Pepe no seguirá figurando ya en la nómina de colaboradores de honor de estas páginas. Y yo siento un gran dolor por el amigo que se ha ido, por el maestro que ya dejó de impartirme sus lecciones, de cultura y de vida, de bonhomía y amistad.

Y solo unas líneas para destacar algo de lo que no he hablado, la gran contribución de Pepe a la gastronomía, tantos en sus artículos publicados en diversos medios y publicaciones especializadas, desde *El País* a la Guía Michelin (publicó una *Guía gastronómica de Portugal*), como por su docencia en la Escuela de Gastronomía de Madrid, en la que profesó durante 28 años. José María Pisa, nuestro gastrónomo aragonés, me confesaba hace pocas fechas, con motivo del traslado de sus cenizas al cementerio de Torrero, la importancia de Pepe en el mundo de la gastronomía, en esa estela de grandes escritores que se han interesado por la cocina.

II

Una entrevista retrospectiva

A modo de compensación, traigo aquí una entrevista que le hice a Pepe en la contraportada del *Heraldo* hace un tiempo (18 de julio de 2005), con motivo de una de sus visitas a la Casa (la titulé “Vivimos sumergidos en un cine y en una crítica subvencionados”, con este sumario: “José Pérez Gallego, el más madrileño de los aragoneses, lleva más de cincuenta años como colaborador de *Heraldo de Aragón* desde que se inició como crítico de cine”). Quede al menos aquí, en estas páginas, un sitio para su voz y su palabra, donde, siquiera

someramente, responde a algunas de las cuestiones que le había plantado para *Crisis*.

— “Algún día, cuando sea más viejo (aún), puede que dicte mis novelo-memorias”.

— **En 1955 estabas ya en este periódico. Y sigues. ¿Qué sentimiento te produce ser el decano de los colaboradores del Heraldo?**

— Un sentimiento de alegría. Son más de 50 años colaborando primero en la sección de cine y luego en otras secciones culturales. Ha pasado medio siglo y cuando penetro en el *Heraldo actual* inevitablemente juego a localizar en los nuevos espacios los antiguos despachos de quienes fueron mis compañeros...

— **Sustituiste a Borau en la crítica de cine, y luego volviste a sustituirlo en la corresponsalía de Madrid. ¿Erais como un equipo de relevos...?**

— Sí, hay una carrera de relevos entre nosotros. Conocí a Borau en el año 49, en la Universidad. Nos hicimos pronto amigos por causa del cine. Tuve la suerte de “heredar” a sus amigos: los desaparecidos Antonio Usón, Tomás Aguilar, Quinito López Solas y, entre los que viven, Federico Bergua, Joaquín Aranda, Pedrito Ramírez... Borau trabajó en Madrid en una compañía de publicidad, Clarín, y cuando se fue al antiguo IEIC (Escuela de Cine) yo ocupé su puesto en la agencia.

— **Muchos descubrimos una cosa llamada “cine aragonés” gracias a tus artículos. Pero tengo la sensación de que aquí, en Aragón, no se te ha reconocido. Incluso hay enciclopedias y estudios sobre cine aragonés que ni te mencionan. Siempre nombran a otros...**

— Existía un cine aragonés, claro, y por muchas más razones que la existencia de Buñuel. Antes que él, Segundo de Chomón, alguno de los Tramullas, Después Saura, Borau...

Yo escribí mucho sobre cine aragonés y, efectivamente, he sido ignorado en algún libro sobre cine en Aragón... Allá ellos.

— **Y en tus años de crítico, también eras el mejor. Yo leía a todos, y no había color...**

— No sé si era el mejor de los críticos. Probablemente, no. Pero me alegraba comprobar que en la publicidad que se hacía en Madrid, entre los párrafos de críticas “provincianas” casi siempre había alguno de las mías. Sobre todo cuando era laudatorio.

— **¿Cómo ves el cine hoy?**

— Pasa como con los vinos españoles. Nunca ha habido mejores películas que ahora; pero, también, nunca las ha habido peores. Vivimos sumergidos en un cine subvencionado.

— **¿Y la crítica actual?**

— Hay de todo, como siempre. También hay crítica subvencionada.

— **Háblame de tu periodo de corresponsal madrileño...**

— Tantos años hablando de “lo aragonés” visto desde el prisma madrileño me lleva a la triste conclusión de que Aragón tiene escaso peso específico en Madrid.

— **¿Qué ha sido para ti el periodismo visto con esta perspectiva de más de cincuenta años?**

— Una hermosa y reconfortante experiencia. Como cualquier otro oficio que se realice con sinceridad y calor. Y si hay color, mejor que mejor.

— **En los últimos tiempos te has dedicado más al periodismo viajero, al arte, a la gastronomía... ¿Qué has buscado en los viajes y qué has encontrado?**

— Los viajes, como dijo el inevitable Pessoa, son los viajeros. El viaje es un estado de ánimo y se pueden descubrir más cosas en un trayecto corto, pero hondo, que en uno largo y vacío.

— **Lo importante es la mirada, y la tuya siempre ha sido original y reveladora.**

— Cualquier cosa puede convertirse en un símbolo, en un mito. Cuando hablo con José Luis recordamos antiguas cosas mínimas de Zaragoza que nos parecen hoy símbolos lejanos: la enorme zapatilla que colgaba en Casa Callizo, los cubos con semillas en Casa Gavín, el paso solemne y acompasado de las mulas de la Caridad, el “cadalso” de León Salvador, la música que se filtraba desde El Coto hacia Requeté Aragónés...

— **Eres un gran narrador oral, y un magistral articulista, y sin embargo nunca has publicado tus escritos. ¿Por qué?**

— Por dos “pes”: pereza y pudor. Me aterroriza el valor de tanto escritor (zuelo) que es capaz de parir un par de novelas al año y otros tantos libros de versos entre estación y estación. Tengo alguna cosa escrita..., pero en mi memoria. Algún día, cuando sea más viejo (aún), puede que dicte mis novelo-memorias. Aunque sigo escribiendo con lápiz, detrás de los sobres usados. Me horrorizan esos ordenadores que te corrigen la sintaxis y te proponen sinónimos...

III

Cinco más uno “sacos rotos”

A Pepe le he dedicado en varias ocasiones algunos de mis comentarios en *Heraldo*, Traigo aquí estos “sacos rotos” que lo tienen como protagonista:

Pepe Pérez Gállego

28-11-2003

Alguna vez le he oído a Francisco Umbral —a quien vi ayer por la tele, en una entrevista, superando con extraordinaria fortaleza de ánimo su gravísima enfermedad— que por una buena frase sería capaz de cometer un asesinato. Algunos son capaces de cometerlo incluso por unas

cuantas frases estúpidas. Y es que la vanagloria literaria de los aprendices de genio no tiene límites.

Recibo la visita de Pepe Pérez Gállego, acompañado de su esposa Freia, y me llevo un alegrón. Pepe es el colaborador más antiguo de *Heraldo*. Empezó ya en los años cincuenta a ejercer la crítica de cine, en sustitución de Borau, y luego, desde Madrid, se convirtió en el cronista cotidiano de la Villa y Corte durante muchos años. Después, ha seguido apareciendo en nuestras páginas con sus extraordinarios artículos sobre arte, literatura, viajes, gastronomía, etcétera, etcétera, porque Pepe es un pozo sin fondo de sabiduría y experiencias. En el folletín veraniego de Juan Palomo lo calificué de personaje dickensiano. Ahora ya puedo confesarlo porque el folletín es historia: Ulises López Huerva era él.

“ El viaje es un estado de ánimo y se pueden descubrir más cosas en un trayecto corto, pero hondo, que en uno largo y vacío. ”

Pepe, que sigue residiendo en Madrid, hacía tiempo que no venía por *Heraldo* y cuando le muestro mi mesa de trabajo va y me dice:

—Aquí era donde yo tenía mi “Bureau” —Pepe es así, siempre tiene este arcaico y encantador léxico-. Aquí era donde escribía mis críticas de cine...

No me lo puedo creer. Y me corre una emoción por el espinazo. Estar sentado en el mismo sitio de mi admirado Pepe... El azar es la salsa de la vida.

Pepe es un escritor, un periodista, un articulista de raza, de esos irrepetibles, inclinables. Y nunca cometerá un asesinato por hacer una frase bonita, ni faltará al respeto de la gente por presumir de estilo. Le basta con escribir con

talento y gracia, que son dones que solo algunos poseen. Confío en que por estar sentado donde él escribía aquellas memorables críticas de cine se me pegue algo de sus dones.

El naufrago feliz

10-1-2004

Javier Goñi, en el suplemento “Artes y Letras” del pasado jueves, trae a colación a mi querido Pepe Pérez Gállego, y recuerda las crónicas que enviaba desde Madrid, ya desde los primeros años sesenta. Goñi, hoy destacado crítico literario, empezó a leerlas a los once, doce años, y su impresión es que eran “extraordinarias”, y que le hablaban de un mundo lejano, nada menos que el lejano mundo de Madrid.

He leído la referencia con enorme alegría porque participo de las mismas impresiones que Javier Goñi, y no solo respecto de aquellas estupendas crónicas madrileñas, sino de las inigualables críticas de cine de Pepe Pérez Gállego, de una época anterior, que me enseñaron a ver cine —a mí, y a generaciones de zaragozanos—, y de su permanente colaboración en este periódico a lo largo de las últimas cuatro décadas y hasta ahora mismo —bien recientes son sus artículos sobre el Gran Hotel o el Madrid japonés— que lo convierten en el más veterano de los colaboradores del *Heraldo* y en una de las más brillantes plumas de su historia.

Es curioso que la referencia a Pepe Pérez Gállego venga en el contexto de un artículo que Javier Goñi le dedica a un periodista histórico, Julio Camba, porque muchas de las virtudes del escritor gallego podrían aplicarse al aragonés. Coinciden con las que le adjudica Pérez de Ayala a Camba: transparencia, sobriedad, fluidez. Pero podríamos añadir la cultura, el humor, la galanura de estilo. Y hasta sus aficiones: los viajes, la gastronomía. Pepe se ha calificado alguna vez de “un naufrago feliz”.



14/07/2010. Pepe Pérez Gállego. Restorán O Camelo. Alrededores de Viana do Castelo (Portugal).

Mi maestro A. me dice, con su inigualable retranca, que soy el Julio Camba aragonés. Pepe no es Camba, pese a aquellas concomitancias, pero tampoco me importaría que me comparasen con este “feliz náufrago”, al que yo veo más bien como un peñón enhiesto en el mar del ingenio y la sabiduría.

Más Wittgenstein (18-02-2006)

Me llama Pérez Gállego (Pepe) para decirme que lo mejor de Wittgenstein es aquella frase que cierra el *Tractatus logicus-philosophicus*: “de todo aquello que no se puede hablar mejor es guardar silencio”. Yo no sé si mi maestro Pepe me está soltando una indirecta o simplemente me informa, aunque, siendo amigo como es, la duda es mera retórica.

Pepe es el mejor parlanchín que he conocido en mi vida y por oírle hablar —de todo lo divino y lo humano, con un humor socarrón y eruditísimo— debería ser obligatorio pagar, como se paga cuando uno va a un teatro o a oír un concierto. Por algo se dice que las mejores cosas de esta vida son gratis. La conversación con Pepe, por ejemplo, para quienes

tenemos la suerte de ser sus amigos.

Ahora que Menier lo tiene varado en casa, Pepe hace cosas increíbles: por ejemplo, leer *La historia de la orden de San Jerónimo*, del Padre Sigüenza, que fue prior del Escorial y tenía en su dormitorio, así como quien no quiere la cosa, cuadros de Jerónimo Bosque, o sea, el Bosco, entre ellos, “El jardín de las delicias”. Me dice Pepe, con su humor disuasorio, que lo mejor de la orden de los jerónimos es que solo ha tenido un santo, el propio San Jerónimo.

De todas formas, para que Pepe lea estas cosas no necesita la ayuda de Menier, que él siempre ha leído mucho, incluso lo que no lee nadie. Por ejemplo, también ahora está releendo *La España de los españoles*, de Gaya Nuño, yo no sé si preparándose para lo que nos llega, dado el empeño de Zapatero por acabar con España y con los españoles.

Con Pepe en Madrid 16/12/2006

Lo mejor del régimen autonómico (algunos querrían decir que lo único) es que puedes ir a Madrid solo por devoción. Excepto que seas

Labordeta. Yo, en realidad, siempre he ido por devoción, salvo cuando me examinaba de periodismo, primero en la Escuela Oficial, aquella de Capitán Haya, que uno ya es un poco mayor, y luego en la Complutense, para rendir cuentas a la doctora Palomo, mi directora de tesis. Pero me enrollo...

He estado en Madrid a mi vuelta de Londres y qué acierto pasar por Madrid. Sobre todo, porque he tenido ocasión de encontrarme con mi maestro y amigo Pepe Pérez Gállego, el decano de los colaboradores de *Heraldo*, que lleva cuarenta años, más o menos, de lujo aragonés en Madrid. Y por cierto, ¿a qué espera el Gobierno aragonés o el Ayuntamiento de Zaragoza, para rendirle el reconocimiento debido por tantos años de estar dignificando el nombre de Aragón en Madrid? Porque no hemos tenido en todo este tiempo mejor delegación madrileña (y que me excusen los delegados oficiales) que nuestro ilustre Pepe.

Además de gran periodista y aragonés de pro, Pepe es un magnífico *gourmet* y nos lleva a Los Arcos de Ponzano (más de 50 años a su servicio) a tomar una de las especialidades de la casa, el cordero asado al estilo segoviano.



17/03/2012. La familia delante del Museo del Vino Dinastía Vivanco. Briones. La Rioja

Comida que se hace sublime gracias a la conversación de Pepe, uno de los parlanchines más ingeniosos y eruditos que uno ha tenido el privilegio de conocer. Lo he dicho muchas veces, así que no insistiré en el talante dickensiano que adorna la facundia de este aragonés de antología.

— ¿Sabes que tienes un padre excepcional, que así no son normalmente los padres?— le digo a su hijo menor Alfonso (menor, pero altísimo), que come con nosotros.

—Lo sé —me dice con serio convencimiento.

Me alegra que así sea, de que Alfonso sea consciente de la singularidad del padre que le ha tocado en suerte. Ah, la tauromaquia de Goya adorna las salas del comedor segoviano.

Apadrinar palabras

24-04-2007

Quizá no caemos en la cuenta, pero el hecho es que las palabras que dejan de usarse el Diccionario las arrumba en el Limbo (también ya extinguido) del léxico. Mi maestro Pepe Pérez Gállego nos lo recuerda en su columna de hoy, y a propósito del nombre de su hijo menor,

Alfonso, se detiene a comentar la extinción de la palabra “alfonsear”, o sea, “burlarse de otro en tono de chanza”. Al leerlo, y al leer que otras palabras como orgulleza, acertajo, churriana, acurdarse, etc., van a ser oficialmente declaradas difuntas, me ha entrado un grave sentimiento de orfandad léxica y unas ganas enormes de ponerme a emplearlas a diestro y siniestro a fin de hacerlas sobrevivir. Es decir, de apadrinarlas, como están haciendo las Escuelas de Escritores de Madrid y de Barcelona (para el caso del catalán) y miles de internautas que participan de ese mismo sentimiento de pérdida.

Supongo que eso del apadrinamiento será algo así como elegir una palabra en peligro y hacerla propia, es decir, emplearla mucho, promoverla, darla a conocer o, dicho con mayor precisión, y como si fuese un niño desvalido, alimentarla y mimarla desde su precario y desfalleciente estado. Como Pepe Pérez Gállego está claro que ya ha elegido la de “alfonsear”, y los internautas lo han hecho ya, mayoritariamente, por vocablos como bochinche, gaznápiro, alféizar, zangolotino (que yo suelo usar), zaguán, alcancía o damajuana, y teniendo en cuenta que Zapatero ha

escogido andancio; Rajoy, avatares; Carmen Calvo, pundonor y Manuel Marín, urdimbre (¡pero habrá académico, salvo Javier Marías, capaz de eliminar semejante joya!), yo voy a decidirme por un palabro con el que favorezco frecuentemente a mi compañero Giacometti, el de “pezolaga”, a propósito de esos vaqueros que se atreve a llevar y que parecen haber sido salvados de algún contenedor.

—Estás hecho un pezolaga...— le reprocho sin acritud.

Más difícil me será explicar lo que quiere decir exactamente. Intentarlo será parte del padrinazgo.

Y uno más, de despedida:

Nuestro querido “Ulises”

7-03-2015

Lo he dicho algunas veces, pero vuelvo a repetirlo, “Ulises” me enseñó a ver películas. Es cierto que ya tenía alguna preparación: un librito (para mí una joya, que aún guardo) titulado *Cara al cine*, que conseguí en el colegio La Salle, escrito por un hermano “lasaliano”, y las sesiones de cineclub que allí se daban (hablo de los sesenta, que algunos se piensan que todo se ha hecho en estas últimas décadas).

Gracias a esas sesiones ya me convertí en “crítico de cine”, en la revista colegial. Pero estaban también las críticas de “Ulises”, en el “*Heraldo*”, que yo leía con fervor (Borau me cogió demasiado joven), y recortaba y recopilaba, porque yo entonces era un cinéfilo empedernido, no como ahora, que solo veo películas en la tele, y cómo estoy disfrutando con esas viejas cintas con las que nos obsequia la televisión del “*Heraldo*” y algunas otras de la “Historia del cine español”, que da la pública.

Recuerdo esto porque este fin de semana enterramos las cenizas del gran “Ulises”, José Pérez Gállego, en Torrero, y su gran amigo, Juan Antonio Gracia, celebró una misa en su memoria en la Santa Capilla del Pilar, donde estuvieron Freia y sus dos hijos, Fernando y Alfonso, junto a otros amigos de Pepe. Sí, se nos fue Pepe, en el pasado noviembre madrileño, y se me fue un maestro y un amigo imprescindible.

La relación de Pérez Gállego

con *Heraldo* ha sido extensa e intensa. En el momento de su fallecimiento era el colaborador más antiguo del periódico. Su primera presencia en nuestras páginas fue a principios de 1956. Pero ya a finales de este mismo año, José Luis Borau, su gran amigo (“David” en la crítica) marcha a Madrid y el cine queda en sus manos. Son siete años de escribir casi a diario, con la firma, al principio, de “Dedalus” y “Ulises”, admiraciones joycianas, y finalmente con su nombre.

En 1963 marcha a Madrid, por su trabajo profesional, y una vez más sustituye a Borau, que en aquel entonces era nuestro corresponsal diario en Madrid. Con esa crónica, en la que la actualidad política se mezclaba con la cultural, Pérez Gállego estuvo hasta que los nuevos tiempos políticos exigieron una información más especializada.

José—sobrino de Julián Gállego, hermano de Cándido, otros de mis maestros desaparecidos— no dejó nunca de frecuentar las

páginas de *Heraldo*, tanto en “Artes y Letras” como en Cultura, donde sus crónicas madrileñas siempre fueron un modelo del mejor periodismo literario. Su firma también estuvo siempre presente en el “extra” del Pilar, donde hacía gala de su erudición enciclopédica y de su brillante pluma, en temas relacionados con el arte, la literatura, los viajes o la gastronomía. Su facundia conversadora era solo privilegio de sus amigos.

La presencia de Pepe en nuestras páginas solo la interrumpió su enfermedad. El más antiguo colaborador de *Heraldo* tendrá siempre en esta Casa el recuerdo, el afecto y la admiración de todos los que lo conocieron. Sus lectores, estamos seguros, ya lo habrán echado de menos. Aquel Pickwick maño es irrepetible.

Alguna de sus frases

* “Con 82 añicos en mi DNI me pregunto: ¿Seguiré figurando mucho tiempo aún en la nómina de colaboradores honoríficos del familiar *Heraldo* de mis amores?”.

* “(En las crónicas que enviaba por teléfono) Había que deletrear los nombres o palabras raras. Aún así, en cierta ocasión, apareció una obra de Camón Aznar titulada *Mi caso y el turismo en lugar de Picasso y el cubismo*”.

* “Al principio firmé mis críticas con el seudónimo “Dedalus” entresacado de forma impropia de la novela capital de Joyce. Luego pasé a utilizar “Ulises”, por seguir en la senda del divino irlandés. Finalmente, adopté mis propios nombres y apellidos, que utilizaba con una clave que pronto conocieron mis lectores: una crítica firmada por “P. G.” será una película mala; “Pérez Gállego”, sentenciaba una obra algo mejor, y, en fin, “J. Pérez Gállego” era un celuloide magnífico”.

* “Mi primera crítica de cine apareció en enero de 1956. Se trataba de una pobre versión del folletín “La portera de la fábrica”, realizada en estudios italianos, proyectado en el desaparecido Teatro Circo. Vinieron después siete años de trabajo casi diario. Zaragoza era una gran capital cinematográfica”.

* En 1963 me despedía de la crítica de cine con “El terror de los bárbaros”. Marchaba a trabajar a Madrid en una agencia de publicidad y, de pasada, José Luis Borau, generoso una vez más, me ofrecía firmar la crónica diaria que enviaba desde Madrid.